

TRIBUNAS

Industrializar Extremadura

JOSÉ MARCELO MURIEL
INGENIERO INDUSTRIAL



La industria moderna no requiere tanto de las materias primas próximas, los japoneses no las tienen y es la nación mas industrializada del mundo



S IEMPRE que se ha tratado sobre el tema de 'industrializar Extremadura' se han producido reacciones un tanto viscerales y poco argumentadas, afirmando que la industria contamina y está reñida con una tierra que se ha mantenido indemne a sus perversos abusos, y por tanto, glosando a Unamuno, pensamos que «industrialicen ellos». El problema en mi opinión viene del hecho de haber vivido de espaldas a la historia durante los siglos XVIII y XIX, periodo en el que en el resto de Europa, y en alguna parte de España, se intensifica la actividad industrial y se crea con ella una nueva clase media profesional que, acostumbrada a asumir riesgos, se lanza a buscar alternativas a las caducas actividades medievales que no generaban el bienestar esperado.

En primer lugar tenemos que ponernos de acuerdo sobre lo que se encierra en verdad en el concepto 'industria', para ello nada mejor que ir a nuestro Diccionario de la Real Academia que define la palabra como; «maña y destreza o artificio para hacer algo», y añade, «conjunto de operaciones materiales ejecutadas para la obtención, transformación o transporte de uno o varios productos naturales». El concepto de industria es por tanto mucho mas amplio que el estereotipo que siempre imaginamos de complejos de chimeneas humeantes y vertidos que polucionan nuestras tierras y nuestros ríos. Si además buscamos el significado de la palabra 'industrial', encontramos que bajo ese concepto se entiende; «instruir, adiestrar, amaestrar, ingeniarse, bandearse, sabérselas componer».

No es por casualidad que fuera en las regiones de Europa en las que triunfaron los principios del luteranismo y sus derivadas versiones del protestantismo, donde precisamente se inicie y prospere la llamada 'revolución industrial'. Al afirmar Lutero que, «el éxito en esta vida es antesala del éxito en la otra», estaba señalando que el esfuerzo personal, el interés por cambiar las cosas, el asumir riesgos en la vida constituían un camino de perfeccionamiento del hombre. En contraposición a la postura inmovilista y conformista de las tradiciones de la época, que invitaban a las personas a permanecer inermes ante el destino predeterminado que les había tocado vivir, y que solo la misericordia de Dios y la resignación, les garantizarían la entrada en el Paraíso.

Estamos por tanto frente a dos formas radicalmente distintas de enfrentarse a la vida; una, que esperaba que Dios o los señores feudales les mitigaran las penalidades de esta existencia, (ahora en un mundo secularizado hemos sustituido a Dios y los oligarcas por el 'papá Esta-

do'), otra, que decide asumir el reto de intentar hacer cosas diferentes para salir de esa trampa y acepta que las soluciones parten de lo que cada uno pueda hacer con su vida.

Los resultados de la historia están claramente visibles para quien los quiera ver, las naciones y regiones que optaron por una emancipación y se pusieron a industrializar, a ingeniar, a bandearse..., tienen hoy una situación de prosperidad y de dinamismo muy superior a las que, como ha sucedido en Extremadura, siguieron ancladas en las actividades medievales de la agricultura y el servicio al poder.

Si ya tenemos claro qué significaría realmente 'industrializar Extremadura', podemos avanzar en que tenemos ante nosotros un horizonte infinito porque está casi todo por hacer; hay que industrializar la agricultura, pero nosotros los extremeños, cada uno en su pueblo añadiendo valor a los productos que la naturaleza nos da, hay que industrializar el turismo; instruir, adiestrar, ingeniarse, hay que industrializar la cultura; organizar, transformar, hay que industrializar la enseñanza; formar para hacer algo, amaestrar.

El mito de que la industria está reñida con la ecología lo ha desmontado el espectacular desarrollo industrial de los últimos 20 años del Estado mas proteccionista de la ecología del mundo, me refiero al Estado de California de los Estados Unidos de América. La industria moderna no requiere tanto de las materias primas próximas, los japoneses no las tienen y es la nación mas industrializada del mundo en función de su superficie, requiere sobre todo materia prima humana dispuesta a dejar lo mejor de sí mismo, que es su inteligencia, en aras a transformar y añadir valor a cualquier recurso, comprometida con procesos de mejora y aprendizaje continuo, responsable y amante del trabajo bien hecho, capaz de emprender bien por su propia cuenta o bien en el seno de una organización.

Si estamos de acuerdo con todas estas consideraciones, yo me pregunto; ¿a qué estamos esperando para acometer la industrialización de Extremadura?, ¿esperamos que vengan de fuera a hacernos el trabajo? Pero el dilema es justamente al contrario, solamente vendrán de fuera si ven que hemos sabido crear las condiciones objetivas y tenemos un entorno propicio, entonces vendrán emprendedores foráneos a colaborar en este proceso de industrialización. Pero si seguimos pensando en que «industrialicen ellos», veremos cómo zonas recónditas de la tierra, antaño subdesarrolladas y deprimidas se irán industrializando y aquí seguiremos esperando que el papá Estado o la Unión Europea nos siga dando la «sopa boba» en forma de 'Renta Básica'.

L A madera verde era la preferida de los que quemaban brujas y herejes. Arde despacio, y eso propicia el arrepentimiento y el espectáculo. Dicen que el propio Calvino eligió leña a leña la pira donde debía arder Miguel Servet. Troncos frescos, reventones de savia. «Con el dinero que me habéis robado, bien podríais gastar algo más en leña seca», gritaba Servet desde lo alto de la candela.

Pienso en esto un domingo por la mañana, mientras camino por los callejones del Rastro de Madrid. Y es que también el Rastro parece estar hecho de leña verde. El tiempo arde despacio por estos callejones. En sus tenderetes hay una confusión barroca de géneros y de tiempos. Y en cada chiringuito, una jauría de gente buscando entre los escombros un tesoro

FLORIÁN RECIO

MAÑANA EN EL RASTRO PIENSA EN MÍ

Escribir, si no es un oficio es un suplicio. Y, para más inri, un suplicio que uno se inflige con propia mano



rentable. Y a los costados de casi todos los quiosquillos, tirados de cualquier manera, sobre una loneta de plástico, los libros, las revistas, los periódicos de otras épocas. Uno de los dependientes, en un gesto de generosidad y arrojo, ha colgado un cartel que dice que por la compra de un lote de bragas te puedes llevar un libro gratis.

Contrasta esta desidia hacia la palabra escrita con el miramiento con el que los vendedores vigilan las griferías y las gafas de marca falsa. Se diría que los libros están aquí para cubrir un cupo político o para que el personal no se embarrare los zapatos. La gente pasa por encima de los libros con menos miramientos que Esperanza Agui-

re sobre una zona azul. A mi lado, una mujer desencuaderna a pisotones una revista. Siento unas ganas locas de gritar: señora, que está usted pisoteando a Pessoa; pero me contengo porque no estoy loco ni ciego, veo la pericia de sus dedos rapiñadores y no tengo ganas de ganarme un bolsazo.

El otro día, en la presentación de su libro sobre Pilatos, me lo decía Tamayo: menuda gilipollez esta de perder el tiempo escribiendo con la de cosas que puede hacer uno por ahí fuera. Totalmente de acuerdo. Escribir, si no es un oficio es un suplicio. Y, para más inri, un suplicio que uno se inflige con propia mano. El caso es que, ese domingo, en el Rastro, levaté con pena uno de los libros heridos y le fui contando a mi hijo la historia de Pessoa, de Bolaño, de Toole, de todos esos que vivieron la li-

teratura como quien vive una religión extraña, con muchos apóstoles, muchos profetas y poco paraíso. Le hablo de esta gente, algo rara y bastante ilusa, capaz de vender su vida y su alegría por un afán de gloria que a fin de cuentas se traduce en esto, en venir a parar a los pies de una señora que empuja a otras señoras por conseguir unas bragas fuera de temporada. ¿Pero fueron felices?, me pregunta mi hijo. Y yo qué sé. Supongo que a su manera. La tristeza es otro modo de felicidad. Es una religión que a mí me resulta tan ajena y tan grotesca como cualquier otra. Escribir es escribir siempre sobre hojas verdes. Puede que el tiempo se demore un poco más en devorar tus palabras, pero el resultado es invariablemente el mismo: el olvido o la suela de un zapato.